El Sol y la rosa

En un huerto florecido,
verde, alegre y hermoso
lucía un rosal muy crecido
tierno, jovial y frondoso.

Un colorado puntito
entre sus ramas se alzaba:
era un botón pequeñito
que recién despuntaba.

De esa florcita cerrada,
hizo el Sol su favorita
llamándola en alborada:
“Alondra, la menudita”.

Al despertar tempranera
cinco pétalos desplegó
y dando un gran bostezo
entera se desperezó.

Pero al salir del letargo
por la luz de aquella Estrella,
ni el despertar ni el descanso
agradeció al Sol siquiera.

Quedó en cambio impresionada
mirando a su alrededor
boldos, rocío, cebada,
mil lirios, hortensias, color,

caracoles comiendo muy lento,
pajarillos volando en bandadas,
a la savia avanzando cansada,
y abejorros buscando el sustento.

Y sin pensar en el Cielo

-al que debía su encanto-,
miró el fluir del deshielo
bajo dos sauces en llanto,

y dos hojas adelante
congelándose de frío,
creyéndose navegantes,
desafiando al mismo río.

Y así mismo transcurrieron
para Alondra amaneceres,
varias ramas le crecieron,
y adquirió nuevos saberes.

El buen Sol se contentaba
con mirar su lozanía,
pero el tiempo lo apremiaba
y quería su compañía.

Una jornada aquel Astro
paseaba por el jardín
calentando una gotita
posada en un rojo carmín,

cuando escapó su mirada
- ¡no la pudo contener! –
hacia la rosa mojada,
curioso a más no poder.

Era Alondra ¡ay! que embaucaba
al buen Sol en cada rayo;
a quien sus rayos daba
y miraba de soslayo.

Vio en su falda una gotita
que tal vez podría tomar
como excusa para hablarle
e intentarla deslumbrar.

Sintió ella por encima
de sus hombros el calor.
Los rayos la acariciaban,
turbándole el corazón.

Miró hacia arriba la rosa
y al Sol se encontró observando,
contemplando su color,
que a Él debía su encanto.

De sus pétalos quisiera tomar
- dijo el Astro enamorado -
una gota de agua fresca -,
y se puso colorado.

Alondra aún no sabía
que era el Sol fiel compañero.
Se sintió pues confundida,
pero tuvo este consuelo:

Los árboles siempre dicen
que un rayo nunca es rastrero,
a su amada dan cariño
y el mejor de los luceros.

Dijo entonces a aquel Astro:
Desconozco su intención,
mas si usted es caballero
dígame su pretensión.

El Sol algo abochornado,
su voz despejó rasposa,
y con amor desbordado
así expuso a la rosa:

Disculpe, llegué sin convite...
Y no me he presentado.

*Pero no se precipite:
yo ya he estado a su lado.*

*Para usted he calentado
todas las nubes del cielo,
la lluvia le he destilado
y le he templado su suelo.*

*Y ese frescor de los vientos
era por mí moderado,
y en todos sus movimientos
he sido su enamorado.*

*Le he dado todo el candor
desde el despunte del día,
y a todo su traje el color
gracioso con que lucía.*

La rosa desconcertada
no entendía qué pasaba,
por qué era cortejada,
e inquieta se preguntaba:

¿No me estará confundiendo
este señor con celestes
seres de aquel firmamento
o con las flores agrestes?

Advirtió el Sol sus ideas,
y se dispuso a protestar,
pues él la amaba de veras
y entendía su razonar:

*Creerá que me confundo,
y quizá que exagero,
pero en serio le digo Alondra
que a nadie más yo quiero.*

Habló así el Astro grande
deslumbrado ante la flor
pues no quiso demorarse
en darle todo su amor.

Ya Alondra encandilada
por el Sol enamorado,
lamentó estar atrapada:
¡no podía dar su mano!

Intentó pues ser honesta
diciendo que la olvidara,
Y mostrando rama esbelta
se excusó sin que Él hablara:

*Lo lamento, pero vanos
son sus ruegos convencidos
pues - observe usted mis manos -:
¡de cariño no he aprendido!*

*Rebosa mi cuerpo ruina
mis brazos y mi cintura
pues tan afiladas espinas
¡hieren mi entera figura!*

*Verá que no le conviene
jamás, pues no hay manera,
la proposición que sugiere...
No soy una flor cualquiera.*

*Lo amaría... ¡que soy Alondra!
mas no podría siquiera
acariciar una sombra
de alguna de sus lumbreras.*

Ante esa humilde respuesta,
el Sol no pudo resistir,
y expuso todo a la rosa

desde el principio hasta el fin:

*Debajo de tierra oscura
planté hace tiempo un granito.
Yo lo amaba con locura:
me tenía agachadito.*

*“Esta semilla pequeña
- me recordaba a mí mismo -
con mi fulgor nunca sueña”.
Pero mi amor ¡ay, qué abismo!*

*Siempre jugaba los lunes
temprano con el rocío
para cargar tiernas nubes
y entregarle regadío.*

*La hice crecer de pequeña
enterrando esa simiente,
abonándole la tierra
e irradiándola de frente.*

*Un día le acrecenté
aquellos dos largos brazos
y verdes se los entinté
imaginando su abrazo.*

*Soñando en ser esposo
pensé qué bella sería,
y me puse tan celoso:
¡Así todos la querrían!*

*Me aseguré entonces
que nadie más la tomase
a menos que tanto amor
como yo le prodigasen.*

Y pensando en su figura

*la llené de mis caricias,
y obré una locura:
de espinas cubrí sus delicias.*

*No pienses joh, Alondra!
que te quise poseer
o que no cuidé tu honra
¡ay! de rosa y de mujer.*

*Tus espinas te cuidaron
de envidiosos alelís,
golondrinas espantaron
y también a la perdiz.*

Amó entonces las espinas
que hasta entonces rechazaba
la flor joven que a vecinas
lisos tallos envidiaba.

Muy atenta ella oía
cómo el Sol la cortejaba,
y mientras Él sonreía
Alondra se sonrojaba.

*Cierta altura has alcanzado,
y ya debes escoger
al amor que te ha cuidado
o dejarlo perecer.*

*Toma el tiempo que he ocupado
- si hace falta- en cultivarte
para que elijas al lado
al que dejes contemplarte.*

El calor de aquella Estrella
sintió Alondra con delicia,
y pensó si acaso ella
merecía esas caricias.

Recordó el trabajar
esforzado en alborada
de aquel Astro que bajar
a la tierra no importaba.

Y no pudo Alondra menos
que aceptar tan grande amor
y plantarse en los terrenos
de los astros y el calor.

Desde entonces el Lucero
el rocío le recoge
pues su falda es el alero
de cuanta gotita acoge.

Ya más viejo el sabio Astro
preguntó a su esposa presta
si cual frasco de alabastro
no podría estar dispuesta

a romperse generosa
y ofrecer de su perfume
a otras flores, contagiosa,
de la luz que ella rezume.

Oyó atenta la propuesta,
que encontró muy dolorosa,
pero quiso sin protesta
realizarla afanosa.

Y cortada a tallo abierto
¡hecha un palo, una patilla!
por la tierra de ese huerto
se plantó hasta la rodilla.

Comentaron las abejas
al ver caña sola y seca:

*¡Cuánto polen! ¡Ay, qué vieja...
si hasta quedó media chueca!*

No supieron apreciar
que la rosa así, en vara,
daría fruto al renunciar
por aquel que ella amara.

Vieron pronto vergonzosas
que crecieron del esqueje
nuevas flores vigorosas
y al Sol que las protege.

Un rosal nuevo se enraíza
en el huerto florecido
pues el sufrimiento ensalza
a los que lo han acogido.

Y fue Alondra más fecunda
que simiente ya esparcida;
y el Sol que la circunda
la hizo la más florecida.

Liza Tofesi
(Categoría Comunidad Uandes)